

Roberto Blanco Torres
La apoteosis de Blasco Ibáñez
(*Bohemia*, 14-8-1921)

Tampoco don Vicente Blasco Ibáñez fue profeta en su tierra; a lo menos mientras no se echó en un barco y se fue a extrañas tierras a recibir el halago de los trompetones de la fama. Todos sabéis cómo fue célebre Blasco en los Estados Unidos, y cómo ha tenido suspenso su nombre en millones de labios, durante una gira apoteósica de doce meses.



Dijérase que en Norteamérica recibió el espaldarazo el ilustre novelista; y además del espaldarazo, cosa que ya apenas podía implicar una lisonja para él, unos cuantos millones de dólares, un montón de dólares que le habrían hecho pensar en la novela más acabada y perfecta, tanto más hermosa cuanto más verista. Blasco debió sentir la emoción de los ensueños que, por arte de magia, se convierten de pronto en realidad tangible... y sonante. Su imaginación viva y fogosa, de mediterráneo y levantino, decorada por el espléndido marco de

belleza del paisaje valenciano, nunca tal vez habrá supuesto la sorpresa de un tesoro que parece asediarse y que va volcándose sobre su nombre y llenando sus escarcelas y dando autoridad a su firma... en los cheques bancarios. A pesar de su fastuosidad imaginativa, jamás la ficción más grande y luminosa pudo aparecérsele con contornos tan concretos y precisos. En Norteamérica, la ilusión del novelista quedó achicada. Unos hombres que corren y se vuelven locos buscándole para llenar sus alforjas, para acosarle con honores ruidosos, dejan tamañita la grandeza epopéyica de los cuatro jinetes del Apocalipsis. Al lado de la novela vivida, la novela creada se le antojaría a Mr. Blasco una mala caricatura.

Blasco es un enamorado de lo grande. Cree en el esfuerzo de la voluntad y tiene voluntad. Es de la cepa de los conquistadores, de los hombres que se crecen en las empresas arriesgadas y colosales. Posee condiciones para la conquista y el dominio, para vencer, para someter a su fuerza y a su actividad toda clase de obstáculos. Sin embargo, le ha seguido el fracaso en sus primeras jornadas americanas. La ruta de los aventureros de antaño no es tan grata a los aventureros de hoy. Blasco vio en América ancho campo a sus arrestos. Y se fue a la Argentina. Peroraría en los ateneos, colonizaría tierras, fundaría ciudades, daría a su obra literaria un giro de epopeya. Todo esto ha hecho, pero ha fracasado. Sus oraciones ateneístas le valieron muchos aplausos, y quizás algunos dineros; pero sus grandes empresas colonizadoras no pasaron de una tentativa frustrada. En su defecto, hizo La Argentina y sus grandezas, un libro voluminoso impreso a todo lujo, especie de inventario de todo lo que hay reseñable en el país argentino, con copiosas estampas y a quince pesos cada tomo. Este fue el fruto que de la Argentina trajo a España Blasco, a más de alguna que otra recriminación de sus propios paisanos los valencianos, hasta el punto de que entonces hubiera corrido peligro su humanidad de haberse acercado a su pueblo, al pueblo en que comenzó ruidosa y triunfalmente su ya olvidada vida política, con sus intensas campañas republicanas, sus polémicas enconadas y ardorosas —cuando también eran los tiempos de Rodrigo Soriano— y sus días de procesos y cárceles.

Ahora después de su carrera triunfal por los Estados Unidos, en «match» de conferencias, interviús y fiestas en su honor, y perseguido por el aquelarre visionario del dólar, Blasco Ibáñez regresa a Europa y va a su pueblo, y como retorna vencedor, las multitudes que ayer le habían

llevado al cadalso le ponen hoy a su fama el pedestal de sus corazones entusiasmados, y en el homenaje apoteósico de una semana lo aclaman sin cesar, lo vitorean con delirio y lo llevan en hombros por las calles; como aquellos estudiantes brasileños —suceso que comentó en una crónica genial el tremendo Eça de Queiroz— que tiraban entre lanzas del coche en que paseaba Sarah Bernhardt por las rúas de Río Janeiro.

Lápidas conmemorativas, etiqueta oficial, discursos, banquetes, recepciones, excursiones durante una semana en honor de «Visent». La semana de Blasco Ibáñez, dedicada por Valencia a su hijo ilustre, ya consagrado en continentes lejanos.

Yo no creo que Blasco haya tenido, desde *La barraca* hasta nuestros días, progresos espirituales; pero sí creo que en progresos materiales ha mejorado notablemente, y, por lo tanto, adquirido mayor importancia. Al novelista de *La bodega* y *Los muertos* mandan apenas lo recuerda sino una veintena de hombres de buen gusto. Casi no existe. Antes de sus últimos libros era ya Blasco cuanto podía ser, lo que hoy es; tenía hecha su obra. Sin embargo, fue preciso que se tradujera al inglés en Norteamérica —después de haberse traducido casi todas sus obras a diferentes idiomas europeos— *Los cuatro jinetes* para que, al par que el provecho, le viniese la fama y pudiese gozar prácticamente de la vida en un hermoso *Cadillac*, raudo por todas las carreteras de la península. Para nosotros no es el Blasco actual más que el Blasco de antaño, el novelista cálido y vigoroso, de imaginación exuberante, pintor de almas en un estilo enamorado de la plasticidad y lleno de emoción...